LA NOVELA

1
232184



La boda de Cuerno de Oro

por Severo Moralos

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

25 cts

1

232184

47/148384

Año III

Núm. 75

LA NOVELA PICARESCA

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario

LA BODA DE CUERNO DE ORO

(NOVELA)

POR

SEVERO MORALES

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLERIDA
CALLE DE AYALA, 142.
MADRID

¡LECTORES!

Pedid todas las semanas la NOVELA PICARESCA. Todos los buenos vendedores deben tenerla; si no la veis expuesta, pedidla de todos modos, pues es obligación de ellos tenerla. Y si no os la quieren vender, id a otro puesto, hasta que la encontréis. ¡Ayudadnos contra el *boicot* que quieren hacernos varios puestos de periódicos de toda España!

R. 3207162

I

Inés se asomó al balcón. Tras de ella, blandamente, encalabrinado como nunca, fué el fogoso capitán. Susurróla al oído, entre besitos leves, leves:

—Anda, rica; ven, ven...

Le aprisionó el talle, tiró dulcemente de la hermosa morena; pero, aferrada ella a la barandilla, resistióse...

—No, no. ¡Estoy harta de cama!

Anheloso, el amante propuso:

—Pues, en el sofá, en una silla...

Y perdidamente:

—... ¡Aquí!

Sonrió la madura morena ante la audacia. Sí. No estaría mal. Oroginalísimo. Allí, en el balcón, la voluptuosa escena tendría un aliciente más: el miedo a las indiscretas miradas.

No replicó Inés a la loca proposición; pero, como consintiendo, bajo la bata de rosado tul sus piernas se separaron un tanto, su cuerpo enarcóse sobre la barandilla, haciéndose

aún más pronunciada la pompa de las caderas...

La mano del rijoso capitán oprimió, avara, nerviosa, a través de la bata de tul la femenina maravilla; pero, no contento con esto, el feliz amante de Inés, queriendo hacer más directo el contacto con la carne suave y cálida de su querida, se inclinó y, bajo la bata, empezó una perezosa ascensión hacia el nido incomparable donde el ave de amor tiene cobijo.

Acarició primero, el capitán, las carnosas pantorrillas, bien ceñidas por las medias de seda color barquillo, y al doblar el ligero promontorio de la rodilla, detúvose un instante en la viva carne, estremecido y anheloso.

Inés no se movió. Dejábase hacer, con los ojos semientornados, en un anticipo de placer por la arriesgada aventura, mirando hacia los escasos transeuntes que por la calle circulaban, ajenos al escaparate de amor que acababa de improvisarse en aquel balcón de un piso tercero de la calle del Espíritu Santo.

Completamente trastornado ya, el capitán hundió la cabeza bajo el tul de la bata y besó frenéticamente los muslos carnosos y suaves. Los besó con rabia, y los mordió ansiosamente después hasta dejar sobre la piel la huella sanguinolenta de los dientes.



Ascendió ya, rápida, la mano que iniciara el ataque. Detenida bruscamente sobre el remanso de amor, posóse en la misteriosa flor, que acarició un instante, sabia, tenaz. La hermosa morena se estremeció y exhalando su satisfacción en una queja dulcísima, oprimió aún con más fuerza la barandilla, y la curva de su cuerpo llegó hasta el grado sumo. Sus piernas separáronse más aún, para facilitar la penetración. Y el dichoso amante, ebrio de amor, sediento de lujuria, apoderóse de la magnífica pompa de carne que se le ofrecía, que puso al descubierto, y, presto, en un solo empuje, hundióse en ella...

Las manos del capitán fueron, por debajo del inclinado cuerpo, en busca de los senos exuberantes de la magnífica morena, que estrujaban con delicia, mientras el amoroso vaivén, las bienhechoras sacudidas, precipitaban el placer supremo...

Sobre la nuca de la poseída, que rebeldes ricitos acariciaban, los labios ardorosos del amante besaron frenéticos. De cuando en cuando, recíprocas e intermitentes frases de amor se sucedían.

—¡Anda, rico mío! Así. ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Ah!

—¡No te pares, reina de mis ansias! ¡Quiéreme! ¡Quiéreme! ¡Qué bueno es! ¡Qué bueno es!...

Fué ella la primera en llegar a la meta dulcísima del placer. Momentáneamente, sin fuerzas para continuar la batalla de amor, suspiró profundamente, sin un grito, sin frase alguna, mientras el hombre amado, orgulloso del placer que prodigaba, en la antesala ya de su propia gloria, redoblaba el ataque, sollozaba un "¡Sigue!, ¡Mi alma!, ¡Mi reina!, ¡Mi amor!", y sus dientes clavábanse en la nuca adorada, y sus manos oprimian hasta el dolor los pechos ampulosos de la hermosa morena.

Calle abajo, creyéndose solos, dos novios cruzaban, en aquel preciso instante, un beso furtivo y temeroso.

II

Cerraron las maderas del balcón y, una vez en el gabinetito, sus labios, antes lejanos unos de otros, uniéronse en un beso profundo y de recíproco agradecimiento. Ahora ya, pecho a pecho, los amantes rebuscaron el epílogo del maravilloso momento confesándose con la mirada el placer experimentado.

Leve, medroso, sonó el timbre eléctrico.

—Tu futuro marido, quizá—dijo el capitán.

—De seguro—asintió Inés.

—¡Pues llega a tiempo!—rió burlón él.

—¡Sí! ¡Ni aun siquiera a los postres!

Mas la sonrisa irónica de la hembra tornóse en acogimiento al aparecer en la estancia un vejete cuyo diseño merece punto y aparte.

Era el recién llegado, en efecto, el futuro esposo de la morena Inés; es decir, don Mario Muñoz Sampietro, el excelentísimo señor don Mario Muñoz Sampietro, a quien todo Madrid conocía con el significativo remoquete de Cuerno de Oro. Don Mario Muñoz Sampietro era un personaje de lo más pintoresco que existía en la corte. De inteligencia roma, en absoluto desprovisto de escrúpulos, había sabido emanciparse del trabajo, él, que en sus mocedades fuera peón de albañil, más tarde maestro de obras y, finalmente, ya enriquecido, banquero. La Providencia, en sus tiempos de penuria, echó en sus brazos una mujer guapa y liviana, a la que dió su nombre, y la misma casquivana señora colocó en su camino a un flamante marqués, el marqués del Bote, quien encumbró al complaciente marido y disfrutó a sus anchas a la adúltera.

Don Mario vió poco a poco crecer su fortuna a cambio de su honra, y con el favor del marqués adquirió propiedades, fué concejal, robó en el Ayuntamiento lo que pudo, y, nombrado, por arte de birlibirloque, jefe de Administración, logró que la gente le escribiera en los sobres de las cartas el lisonjero "excelentísimo señor". Don Mario, pues, fué rico porque se avino a ser cornudo, que no todo el mundo tiene epidermis para ello, y aunque más desprovisto de inteligencia que un cerrojo, llegó a ocupar presidencias de Sociedades, gracias a su empaque de gran señor, cosa que, en bruto, representaba don Mario admirablemente.

Un buen día Cuerno de Oro enviudó. Ya cumpliera los sesenta y su salud se resquebra-

jara no poco. Pero su corazón continuaba siendo de fuego. Y su cornamenta lo suficientemente sólida para soportar por segunda vez la femenina traición.

Don Mario conoció a Inés en un cine de postín. Ello sucedió de esta manera:

La sala, en sombra. Las miradas, sobre el lienzo, iluminado en zarabanda de imágenes. Algunas manos, perdidas no se sabe dónde. (Yo sí lo sé, lector, y tú también.) Y en las butacas de preferencia, solemne con su panza y sus flojos colgantes mofletes, el excelentísimo señor don Mario Muñoz Sampietro. A su derecha, una arrogante morena, Inés, y, al lado de ésta, nuestro ya conocido, el capitán X, cuyo incógnito hemos jurado guardar.

Don Mario, que, a pesar de las pesares, siempre se las había dado de pillín, en lo más culminante de la película buscó brutalmente con su pierna el contacto de las pantorrillas de Inés. La morena miró al vejete y le reconoció. Estremecióse de orgullo; que aun tratándose de un sér tan despreciable y caduco como Cuerno de Oro, el dinero dora los más obscuros horizontes y tapa las macas más inmundas.

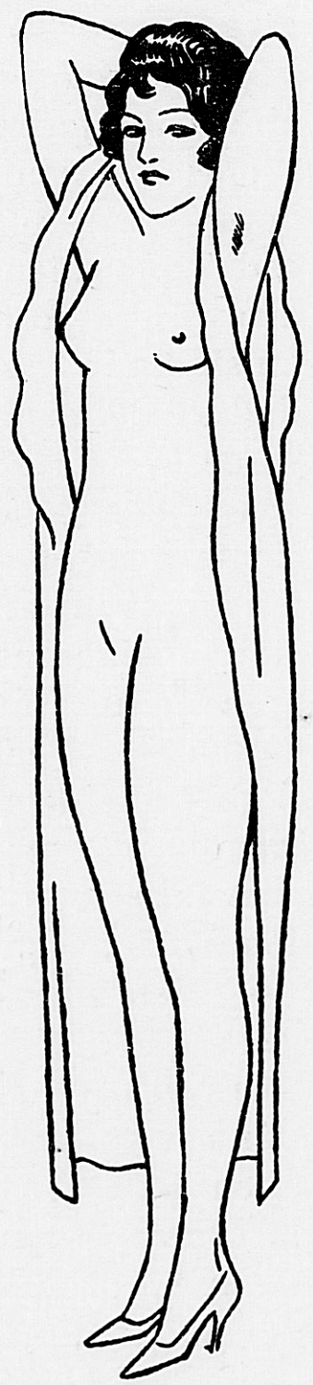
En la fantasía de la morena empezó a transmutarse su humilde pisito de la calle del Espíritu Santo en estupendos salones, a más de joyas, y trajes, y automóvil propio. Deslumbrada, dejó Inés abierto el grifo de sus encantos a las sensibilidades de don Mario, y susurró prudentemente al capitán:

—No olvides que, para los demás, eres mi sobrino.

—¿Por qué me dices eso ahora, así, tan de repente?

—Porque me parece que hay boda en perspectiva, según me anuncia el corazón.

Terminó la película, vino la luz y con ella la quietud y el diálogo franco y banal. Y fué la ocasión que Inés eligió para tender sus redes al enfatuado ex albañil. Se inició la charla, terció discretamente el capitán, que, como sobrino, presentara Inés, y don Mario quedó encantadísimo de la amabilidad y simpatía de su vecinita, cuyo contacto buscaba él y ella no rehuía. Y



otra vez volvió a quedar la sala en sombras, y *Enamorada de su chauffeur,* cinedrama en cincuenta jornadas, dió principio.

Mas también comenzó el asedio de la exuberante Inés por ambos costados. Porque sucedió que mientras la mano torpe del vejete atrevióse a posarse negligentemente sobre un muslo de la apetecible morena, la mano arrolladora del capitán, más audaz, y conocedora ya de los encantos de su tía postiza, fué derecha y diestra bajo los vestidos de la complaciente hembra, y buceó tan maravillosamente, con tanto acierto, que halló al fin tibio y aterciopelado nido donde posarse, y, allí, emprender una labor tan tenaz, tan enloquecedora que, al cabo, no pudiendo Inés resistir el goce que de sus labios se escapaba y que la sacudía el cuerpo entero, inclinóse lánguida y desfalleciente sobre el hombro del inocente don Mario, suspirando con mimo indefinible:

—¡Bien mio! ¡Bien mío! ¡Qué feliz me haces!

Creyera el sexagenario que su cada vez más nerviosa presión sobre el muslo de Inés, amén del roce constante de su pierna izquierda contra la pantorrilla derecha de la morena, había producido aquel maravilloso arranque de ternura, y replicó todo gozoso y encalabrinado:

—¡Y aún más la haría si no fuera... por su sobrino!

Desde el siguiente día Cuerno de Oro fué el más asiduo concurrente a las reuniones de Inés, y pocos meses después era público en todo Madrid la noticia de su casamiento con la hermosa jamona.

III

El futuro marido de Inés, estrechó tiernamente la mano que, a su aparición, le tendiera su prometida, y después de saludar finamente al capitán arrellanóse en un butacón con aire de felicidad. Junto a él tomó asiento la exuberante morena, y, frente a ellos, en un blando sofá, instalóse el capitán. Hablaron del buen tiempo, y la maliciosa Inés, de la manera más natural del mundo, refirióse a lo bien que se toma el fresco en el balcón. Al cabo de media hora de banalidades, el capitán se despidió, y los novios quedaron solos.

La morena, entonces, redobló sus lagoterías. Se acercó, mimosa, al butacón donde reposaba don Mario, y rodeó con sus brazos desnudos el cuello del vejete, que sonrió bobamente.

—¿Qué cuentas tú a tu nena, simpaticón?

Lo dijo Inés tan gachonamente, con tal indefinible acento de ternura, que Cuerno de Oro se sintió conmovido. No supo qué replicar. Pero sus manos rugosas, hambrientas de carne tibia, fueron hacia la magnífica ofrenda que eran los abultados senos de Inés, y allí se inmovilizaron.

—¿Te gusto, rico?

—Sí... Sí... Sí...

—¡Tesoro mío!—exclamó al fin.

La madura morena besó al viejo. Sus alientos se confundieron. Anheloso ya de la carne toda, don Mario dejó en paz la pompa tibia de los senos de su prometida y quiso lanzarse a mayores empresas. Se levantó, rodeó torpemente la cintura de su amada y la condujo sobre el sofá. Dejábase hacer la astuta hembra, carne de vicio nunca satisfecha. Acicateada ahora por la perspectiva de un porvenir de bienestar, donde sería ama y señora, por todos considerada, sabía que su papel consistía en enloquecer a aquel viejo, exacerbando su sensualidad, entregándose sin escamoteos.

Sobre el sofá ya, las sabias zarpas de la gozadora acariciaron a su rey. La torpe virilidad del vejete no se despertaba. Nervioso, frenético, sus manos recorrían el cuerpo de la mujer, como el aficionado a la telefonía sin hilos busca en la galena, con el muellecito de acero, un buen punto de contacto. Clamó:

—¿Quieres? ¿Di? ¿Quieres?

—¿Qué?—preguntó la morena, que no lograba adivinar.

—Desnúdate. No te he visto aún desnuda.

Inés vaciló. Encorsetada, con los afeites y trajes modernos, ceñidos y sensuales, buena moza y regordeta como era, la morena resultaba de chipén. Pero sus cuarenta años estaban bien cumpliditos, y la siempre amazona del amor quebrara líneas y durezas en la áspera extenuadora batalla carnal. ¿Acaso no desencantaría al galán, mostrándole la gloria de un cuerpo que iba ya ajándose? Pero el emperrado vejete suplicaba:

—Anda, desnúdate. ¡Debes ser más bonita!...

Inés pensó que cuanto más exacerbara el deseo del vejete, menos éste podría analizar, ya que, según el dicho popular, para el buen hambre no hay pan duro. Y la morena redobló sus arrumacos, sus caricias, sus frases melosas. Descubrió primero la exuberancia de sus pechos, dejando asomar picarescamente por sobre el fino encaje del corsé, los piquitos de sus robustas palomas. La mano aleve de Cuerno de Oro estrujó aviesamente el preciado bien, que puso por completo al descubierto. Aunque inerme aún su virilidad, el excelentísimo señor echaba fuego por los ojos. Arrebolado, hallábase a dos pasos de la congestión y sus manos temblaban como las de un azogado. Juzgándole Inés a punto de caramelo comenzó por retirar su bata. Tras de la fina enagua de satén azul, la morena quedó sin más compostura que la camisa de blanca seda, su corsé, sus medias color barquillo y sus zapatos de charol. ¡Estaba conmovedora! Sostenidos sus pechos por el corsé, cubierta por la camisa tan sólo hasta la mitad del muslo, Inés resultaba verdaderamente deseable. Sus pantorrillas eran gruesas, pero bien torneadas, y las ligas, rojas, con un coqueto moñito que apicaraba el armonioso conjunto.

Don Mario se abrazó con loco frenesí al femenino cuerpo y, a través de la camisa, empezó a besarle, yendo hasta la angustiadora hondonada donde todo buen cazador busca la caza.

Ese momento, esa situación era la que esperaba la docta profesora en voluptuosidades. Rápida, valientemente, retiró entonces su corsé, su camisa, y la morena quedó, poco más o menos, en la misma situación en que Goya nos presenta a su Maja desnuda, sólo que apicarada con unas medias asaz siglo xx y unos zapatitos muy "dernier cri".

Levantado el débil telón, don Mario no tuvo necesidad de echar una ojeada de conjunto. Instintivamente, sin vacilación, su boca fué

hacia el frondoso rosal y allí besó y revolvióse sin orden ni concierto en busca de la rosa. La procuró con avidez. El muy torpe creía que, cuanto más profundizara, mejor la hallaría. Frenéticamente, su lengua hundióse en la espesura, sin comprender que los más preciados tesoros se encuentran siempre a flor de tierra. Pero no fué del todo vano su escarceo. La ardiente morena, enervada con la voluptuosa tarea, gemía que daba pena oirla.

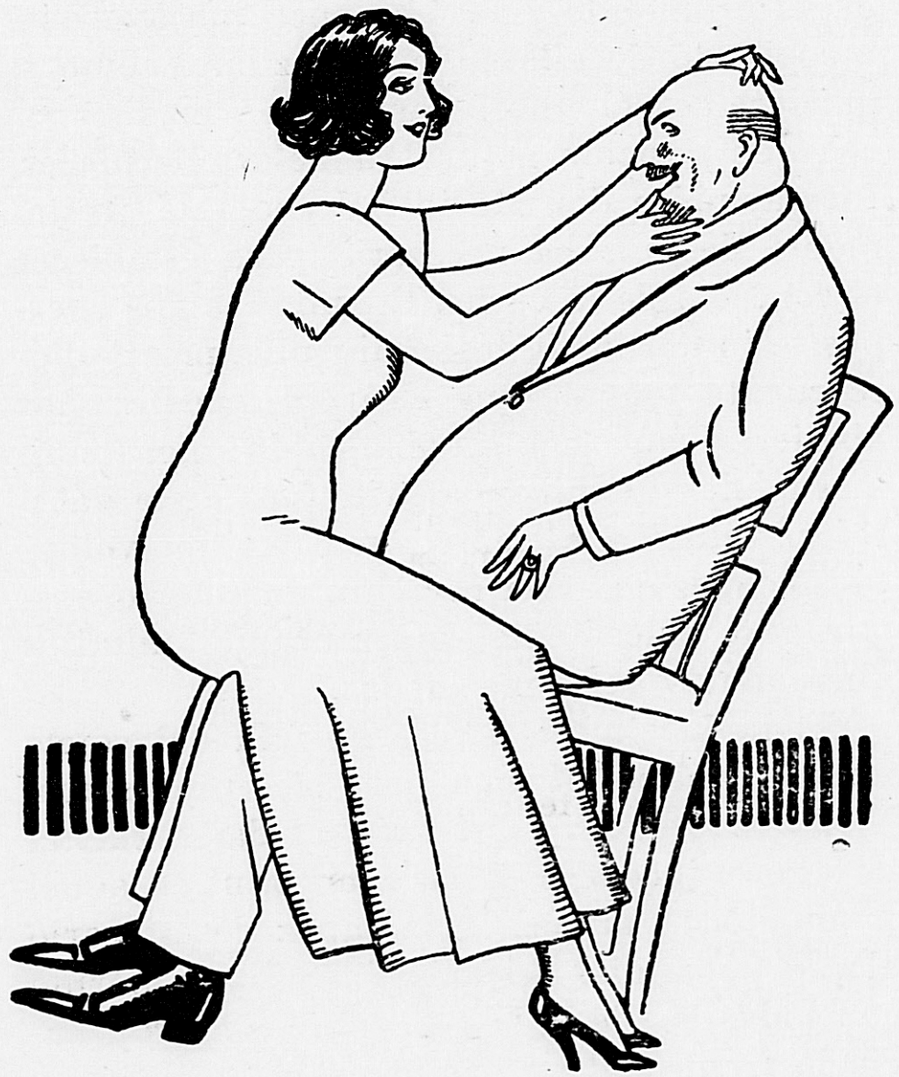
—¡Ahí, ahí!—decía, con voz muriente y angustiosa.

Mas el torpe operador desviábase del buen camino, y con saña poco en armonía con sus años, profundizaba cuanto le era dable, alejándose de la preciada flor.

Fuera ya de sí, la toda fuego cruzó sus muslos sobre la espalda de don Mario y apretó contra su cuerpo la cabeza del vejete, como si quisiera incrustarle allí. Pero las energías de Cuerno de Oro tenían una muy limitada expansión, y pronto un enorme resoplido anunció a la supliciada que podía despedirse de ver colmados sus anhelos voluptuosos.

Exhausto, rendido, don Mario levantó la cabeza y contempló a su futura esposa con el aire más desconsolado del mundo, implorando piedad.

¡Pero buena estaba la fogosa Inés en aquel



momento, para andar con contemplaciones! Ansiosa de procurarse a toda costa la codiciada sensación, atrajo a sí el cuerpo entero de su prometido y besó su boca con avaricia, recogiendo de ella su propio zumo, como si quisiera con él embriagarse más y más.

Ya en posición natural, anhelosa de placer, Inés ayudó a don Mario a despojarse prestamente de la ropa necesaria para establecer el contacto de la carne. Cuando los dos cuerpos se juntaron sin traba ninguna, presta dióse cuenta Inés de que el árbol que los años abatieran aún continuaba caído; pero animosa, ella que mil veces triunfara de la naturaleza fatigada, estremecióse con ritmo voluptuoso capaz de hacer revivir a un muerto, suspirando dulcemente, murmurando mimitos que conmovían a una piedra.

¡Todo fué inútil! La carne fofa del vejete no se reanimó. Muerta para siempre estaba. Y al comprenderlo así Inés, al darse cuenta de que el incendio de su cuerpo, ni en aquel momento, ni nunca, sería capaz de apagarlo el que, pocos días después, iba a ser su marido con todas las de la ley, sus manos fueron hacia la frente del ex hombre y la acariciaron, al parecer, pero más bien, según sospechamos, querido lector, como buscando sitio donde acoplar la inevitable y nueva cornamenta.

IV

La boda de Cuerno de Oro, el excelentísimo señor don Mario Muñoz Sampietro, se celebró con gran pompa. ¡Qué bien representó el papel de gran señor el que antaño usara la blanca blusilla de albañil! ¡Con qué solemnidad dió el consabido sí ante el sacerdote, y cómo la arrogante jamona ahogó un grito de júbilo al saberse ya esposa de aquel encumbrado majadero, lleno de cuernos y de pesetas!

Celebróse un íntimo banquete en el Palace, al que, naturalmente, concurrió el sobrino postizo de doña Inés—que ya la podemos llamar doña—, quien miraba a la madura morena con ojos de deseo, pues la arrogante mujer estaba más hermosa que nunca.

Cuando el auto nupcial abandonó el Palace, el capitán y su querida consiguieron cambiar este breve diálogo:

—Hasta luego, ¿eh?

—Sí, hasta luego.

—¿Tienes la llave?

mente de pantalones y demás indumentaria, echóse en los femeninos brazos que se le ofrecian.

—¡Ay, rica! ¡Esta noche, sí! ¡Esta noche sí que me voy a portar de primera!

Don Mario, que ya mordía un pecho a su esposa, succionando con furor de sanguijuela, no pudo ver el gesto de incredulidad que animó en una sonrisa irónica el rostro de su media naranja, ni tampoco oyó una voz burlona que bajito, muy quedo, mas no tanto que no llegara al oído alerta de la rica jamona, murmuraba:

—¡Que te crees tú eso!

Convencido, tras de un buen momento, de que aquel no era el camino más recto para llegar al reino de la voluptuosidad, exclamó, enlazando a su mujer lo más dulcemente posible:

—¡Ven!

Era la clásica invitación, las tres letras mágicas que nuestros antepasados exhalaban y que nosotros seguimos repitiendo con idéntico entusiasmo.

No pudo, por su personal esfuerzo, depositar don Mario a su compañera en el lecho nupcial y saltar seguidamente sobre ella con agilidad de leopardo, según se acostumbra cuando se trata de un hombre joven y vigoroso y de una de esas exquisitas figulinas todo elasticidad y bonitura, Así que esperó un breve instante a que su compañera, en un salto brusco, hiciera crujir el amplio tálamo al caer sobre él, y luego, tranquilamente, fué a reunirse con la gentil morena, dispuesta, a juzgar por su actitud, a recibir en línea de batalla al pretencioso gladiador.

Don Mario recordó sus buenos tiempos, ya muy lejanos, y quiso proceder como antaño. Besó a su esposa en los labios, en los senos, en el vientre, un poco más abajo aún, y, seguidamente, desandó la andado hasta volver a la estación de donde partiera. Entrelazó su lengua con la de su pareja, mientras sus manos oprimían la carnosidad de los muslos femeninos, la magnífica pompa posterior. Hubo un instante en que pareció cantar victoria ante la resurrección de lo que muerto se hallaba; pero en aquel preciso momento, sintió un agudo retortijón de vientre, que fué intensificándose hasta el punto de que el pobre vejete, en un sordo gruñido de despecho, arrojóse de la cama y escapó en busca del sitio donde depositar lo que de su cuerpo tenía tanta prisa en salir.

En cuanto hubo abandonado la estancia un doble grito de triunfo resonó en la cámara nupcial. El cortinaje del tocador se abrió de

par en par y apareció la figura flamante del capitán, que corrió con avidez de fiera hambrienta.

—¡Al fin, preciosa! Creí que la maldita jalapa no le había hecho operación.



—Pues, ¿y yo? Hasta he llegado a temer que el viejo nos iba a dar un chasco y hacerte representar un poco airoso papel.

—Pero ahora...

—Ahora...

Ya no hubo palabras. Ebrio de deseo clavó el capitán su aguda lanza en el precioso lugar, y los cuerpos comenzaron a agitarse en un voluptuoso balanceo que terminó con un ¡ay! de felicidad alcanzada y un doble beso prolongado y sonoro que hubiese enloquecido a la más glacial naturaleza.

Don Mario volvía. El rumor de sus pasos, perezosos, se iba haciendo cada vez más perceptible.

—¡Hasta pronto!—murmuró él.

—¿Triunfarás?—inquirió ella.

—¿Quién lo duda?

Y el capitán corrió presto a su escondite en espera de una pronta y nueva intervención.

Ahora ya, mientras don Mario se dispone a comenzar la segunda fase de su cruzada, expliquemos al curioso lector el por qué de la inaudita escena que estamos relatando.

La cosa es bien sencilla. Dos días antes de la boda, tras de un buen *verde,* el capitán propuso a su querida que, la primera noche de bodas, se había de acostar con ella... ¿Cómo? Se escondería en el tocador de la recién casada, aprovechándose de las forzosas ausencias del esposo, a quien la astuta mujer administraría, mezclada con la cena, una buena dosis de jalapa. No le pareció mal a Inés la ideica, pero puso como condición *sine qua non,* que cuantas veces el engañado esposo se

ausentase, la haría conocer la suprema sensación cumplidamente. Comprometióse a ello el burlador, y ya hemos visto cómo había comenzado a cumplir su promesa.

Don Mario, una vez instalado nuevamente junto a su esposa, se dispuso a reanudar la batalla de amor. Volvió a sus besuqueos y a sus anatómicas exploraciones, intentó echarse sobre los femeninos encantos para ver si en la mímica erótica surgía el maravilloso despertar de su naturaleza; pero cuando se disponía a realizar el salto secular, un gemido de desesperación anunció a doña Inés que la jalapa seguía surtiendo sus efectos.

Volvió a escapar el vejete, surgió el armado capitán, y otra vez recomenzó el eficaz torneo de amor. Y la voz muriente de la gozadora proclamó claramente el triunfo del fogoso jinete.

Era ya muy entrado el amanecer y no habían terminado los forzosos viajes del pobre Cuerno de Oro, quien con tanto ir y venir estaba el hombre hecho trizas. Durante ocho veces el capitán demostró que sus riñones eran de acero, ya que la jaca que cabalgaba se hallaba dispuesta a continuar el voluptuoso ajetreo hasta el fin del mundo. Mas, en la novena ocasión, al desaparecer don Mario, acuciado por los efectos de la jalapa, creyó el capitán que no era cosa de dejar la existencia entre el cuerpo insaciable de la terrible morena, e inclinándose hacia la misteriosa sima donde sus fuerzas iban muriendo, se dispuso al asalto final empleando armas más extenuadoras, y decidido a no cejar en su tarea hasta que la nunca harta pidiera misericordia.

Dejóse ella hacer. Con verdadera maestría el capitán atacó la fortaleza. Acarició con saña la parte sensible de la insaciable hembra. Empezó a suspirar la gozadora con sin igual ternura y exhalaron sus labios las más cariñosas palabras del Diccionario. Fueron sus manos sobre la cabeza del amado y hundiéronse sus dedos entre la maraña de sus cabellos en desorden. Sus uñas, intentaron taladrar la piel. Y, a medida que el goce se intensificaba, sus labios delirantes dejaban escapar la dicha suprema. Tenaz, aun a despecho de las convulsiones del femenino cuerpo, el capitán, incansable, feroz, prosiguió en su labor. Hubo de pronto en la alcoba nupcial un grito de desgarrada existencia que hizo al amante abandonar su presa. Había sido tan fuerte el dichoso estremecimiento que la morena experimentara, que sus fuerzas escapáronse. Desmayada, la hermosa mujer aparecía más incitante que nunca. Una sonrisa de gloria alcanzada iluminaba su rostro. Elec-

trizado sintió el capitán cómo sus deseos renacían de nuevo, cómo su virilidad proclamaba aún su poderío. Y cuando la recién ca-



sada volvió a abrir los ojos sintió contra ella, en deliciosa penetración, el cuerpo del amado y la voz generosa que proclamaba la delicia que estaba experimentando:

—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Poco después, mientras don Mario roncaba junto a su esposa, completamente exhausto, notara ésta cómo el rojo líquido que hace su mensual aparición en la mujer fluía de ella y empurpuraba la sábana. Y al día siguiente, cuando la doncella de doña Inés visitó el campo de batalla quedó muda de asombro al contemplar la que creyera huella de la potencia de don Mario y de la virginidad de la exuberante jamona. Y exclamó sinceramente:

—¡Qué bruto! ¡Pues no lo parecía!

FIN

Imp. de la Viuda de A. G. Izquierdo. — Doctor Mata, 3.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

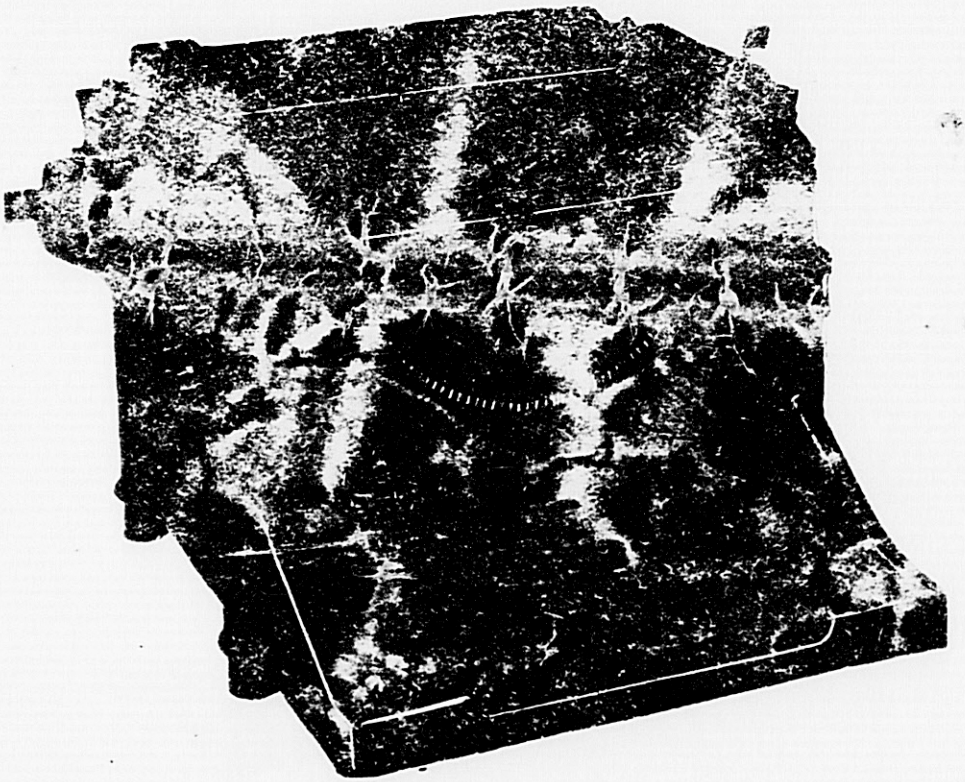
ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

55.—*La Sulamita*, por E. Renán, traducción de G. Olmedilla.
56.—*Después de probarlo todo*, por Fernando de la Milla.
57.—*A buen diente...*, por Fabricio del Dongo.
58.—*La prima Ramona*, por Ramiro Gijón.
59.—*La mujer de tu prójimo*, por Juan G. Olmedilla.
60.—*La caída de Serafina*, por Fabricio del Dongo.
61.—*El cuarto de hora*, por A. Martín Becerra.
62.—*Los novios de Florita*, por Juan Amador.
63.—*Se necesita una lectora*, por Fausto Gerardo.
64.—*La masajista de señoras*, por F. de Valdemar.
65.—*Tita Rosario*, por Fernando de la Milla.
66.—*La fumadora*, por Severo Morales.
67.—*Una aventura a bordo*, por el Duque de Winter.
68.—*Es fácil conquistar una mujer*, por Roberto Valdés.
69.—*Yo no sé nada*, por Aurelio G. Carreras.
70.—*La doncella lo rompió*, por Gonzalito y Salas.
71.—*Cuestión de catre*, por Juan Caballero Soriano.
72.—*La suerte de Pascuala*, por J. Ledesma.
73.—*El divino dominio*.
74.—*¡Buena mano derecha!*, por Juan G. Olmedilla

MAQUINA DE ESCRIBIR

UNDERWOOD

MODELOS MODERNOS



Alcalá, 39. - - MADRID

EN BARCELONA Balmes, 7